

LA VIOLENCIA Y SU RETÓRICA EN BRASIL. UNA EXPLORACIÓN SOBRE LA IMAGEN PÚBLICA DE LOS FAVELADOS

Raúl Márquez Porras*

Recibido: 18 Julio 2006 / Revisado: 6 Septiembre 2006 / Aceptado: 10 Septiembre 2006

Esta investigación tuvo su origen en dos constataciones (o, quizá, en la observación de la realidad brasileña bajo el prisma de la primera). La primera fue el observar como numerosas víctimas de procesos de violencia y de represión habían sufrido una notoria (y previa) descalificación, estigmatización. La segunda, constatar que en Brasil los *favelados*, los habitantes de ciertos suburbios, sufren en un grado excelso la violencia institucional. A partir de aquí mi objetivo fue comprobar si efectivamente la imagen pública que se construía de ellos era negativa, peyorativa, para lo cual me propuse hacer una exploración sucinta de la prensa (como plataforma, no la única, donde se vehiculan las representaciones sociales). Además, una vez verificada su existencia, determinar cómo se elaboraba, qué mecanismos funcionaban en el proceso de minusvaloración.

Por otro lado, para interpretar todo este fenómeno tenía claro que había que recurrir a la historia, al desarrollo de Brasil como sociedad, y recurrir a la comparación con otros sucesos y contextos similares. Es ésta la manera habitual de operar de los antropólogos, la búsqueda de casos (etnográficos) parecidos al estudiado para llegar a un nivel supe-

rior de interpretación. Aquí recurrí a interesantes trabajos sobre el tipo de violencia al que nos estamos refiriendo y que tratan fenómenos de exclusión radical de un colectivo, denigración previa a un sometimiento extremo, represión institucional... En cuanto a buscar en la historia las pistas para la reflexión, asumo que sólo entendiendo el devenir del país, el carácter mismo de sus instituciones y de su sistema social se puede entender éste y cualquier fenómeno. Esta premisa marca las siguientes líneas.

¿Cómo es la sociedad brasileña? No ha sido extraña la caracterización de Brasil como país violento, violento no sólo en la contemporaneidad sino desde su conformación como Estado¹. En este sentido, hay un artículo de Teresa Caldeira y James Holston especialmente interesante. En él Brasil aparece como caso ejemplar de lo que llaman *uncivil democracies*: una democracia que funciona plenamente en lo político pero que, en cambio, en la vertiente civil, en el respeto y desarrollo de los derechos de ciudadanía, presenta un claro atraso. La criminalización de la pobreza sería uno de sus correlatos. La violencia y el trato represivo hacia los estratos más pobres aparecen, así, como caracterís-

* Departamento de Antropología Cultural e Historia de América y África de la Universidad de Barcelona, España. E-mail: marqraul@hotmail.com.

¹ Por ejemplo, y entre los antropólogos que más han estudiado el tema, Darcy Ribeiro. Éste llega a definir el estado brasileño como “una máquina político-administrativa de repressão” (*O povo brasileiro. A formação e o sentido do Brasil*. São Paulo, Ed. Companhia Das Letras, 1995, 252). O también Alba Zaluar, referencia obligada en la cuestión de las *favelas*, la exclusión social en Brasil y demás, que habla de “o uso cada vez maior da força bruta [...] para segurar esta estrutura piramidal carcomida e sem legitimidade social” (*Condomínio do diabo*. Rio de Janeiro, Ed. Revan/UFRJ, 1994, 257). No obstante, convendría hacer distinciones en esta violencia presente a lo largo de la historia brasileña; como afirman Caldeira y Holston, sin duda “the contemporary violence is not an invention of authoritarian rulers, but the perverse development of a deeply unequal society” (“Democracy and Violence in Brazil”. *Comparative Studies in Society and History*, XLI-4 (1999), 715).

ticas intrínsecas a la sociedad brasileña; algo que ya afirmó hace tiempo Darcy Ribeiro. “A República apostou na polícia para mudar a sociedade violentamente. A questão social foi, de fato, uma questão de polícia”, afirma por su parte Alba Zaluar². El hecho es que los pobres serían conceptualizados como clase peligrosa; y víctimas de la violencia institucional o del paternalismo de otros agentes, el trato que recibirán será, en cualquier caso, de no ciudadanos.

Caldeira y Holston se refieren también a la cultura del miedo y la sospecha que impera hoy en Brasil, a la estigmatización (como representación negativa) que afecta a los pobres y que, además de contribuir a la reproducción de esta violencia, legitima las prácticas de segregación³. En concreto todo esto se plasmaría en una *talk of crime*, una narrativa, un determinado discurso sobre el crimen, la delincuencia... que tiene como protagonistas a los sectores marginados de la sociedad, y que no sólo refuerza su exclusión sino que justifica la violencia empleada contra ellos. En Brasil este colectivo es sobre todo la población que vive en las llamadas *favelas*⁴. La estigmatización actuaría identificando de forma absoluta espacio y personas, o sea, *favela* y habitantes de la misma. La identidad de los *favelados* (de cara al resto de la sociedad) vendría marcada de forma indeleble por su lugar de residencia, produciéndose de hecho una desindividualización. El de la *favela* sería el “mundo da desordem que se opõe ao mundo da ordem”, afirma Zaluar⁵, y corriendo parejo a esto, a sus residentes se les aplica-

ría la ecuación pobreza: delincuencia. Todo el que vive en una *favela* sería un delincuente; es más, como criminales en potencia, todos los *favelados* son violentos: la violencia “é o estigma que todos carregam, sejam trabalhadores ou não, de pertencerem ao antro dos *vagabundos, malandros e bandidos*”⁶.

Por otro lado, dejando de lado esta perversa generalización, al criminal se le trata como a un *no* humano, se le identifica con el mal absoluto, empleando incluso un vocabulario de demonología. Se le despoja de todo rasgo de humanidad. Teniendo en cuenta que al criminal se le considera “o avesso da humanidade”⁷, la consecuencia lógica de la criminalización de los *favelados* es, en definitiva, su deshumanización (por tanto la legitimidad de un trato inhumano) y, en última instancia, la justificación de su prescindibilidad. Numerosos autores han descrito el funcionamiento de este mismo mecanismo en contextos muy diferentes. Aunque deje una reflexión más profunda para el final del ensayo, sí cabe enunciar aquí la llamada guerra ilegal que se está produciendo en Brasil entre la policía (el Estado) y los pobres (identificados como criminales), de la que hablan numerosos autores⁸.

Mi objetivo en estas páginas es examinar, escuetamente, la representación que en Brasil se hace de los *favelados* (si se quiere, la imagen pública que tienen) para comprobar los hechos hasta aquí referidos. Asumiendo que la retórica sobre el conflicto juega un papel en el desarrollo del mismo, como explica Stoler⁹, el grado de violencia que se da en

² Zaluar, A., *Condomínio...*, op. cit., 265.

³ Cf. Caldeira, T.; Holston, J., “Democracy and Violence...”, op. cit., 691-729.

⁴ Así lo corroboran todo tipo de estadísticas (“Os mais jovens, além de evitar sair à noite, deixam de circular por alguns bairros e ruas da cidade”. *Correio da Bahia*, 1 de marzo de 2000) y lo han documentado antropólogos como Zaluar (“os pobres são as principais vítimas desta onda de criminalidade violenta”, *Condomínio...*, op. cit., 243) o Schneider (“A ‘favela’, onde vive a maioria dos nordestinos desde que chegam às grandes metrópoles do Sul e Sudeste, vira sinônimo de ‘confusão’ e ‘violência’, sem necessidade de mais explicações”. “Discursos simbólicos e símbolos discursivos: considerações sobre a etnografia da identidade nacional”. *Mana*, X-1 (2004), 118), y no antropólogos como el psicólogo Joel Birman (“a população negra empobrecida é o signo maior da desordem transformada que foi na nossa classe perigosa”. *Jornal do Brasil*, 14 de febrero de 2004).

⁵ Zaluar, A., *Condomínio...*, op. cit., 90.

⁶ *Ibid.*, 33.

⁷ *Ibid.*, 58.

⁸ Alba Zaluar, por ejemplo, comenta “desta guerra ilegal que se trava hoje nos bairros pobres das grandes cidades brasileiras: entre a polícia e os ‘bandidos’, identificados com os pobres” (*Condomínio...*, op. cit., 44). Acorde con la hipótesis de partida de este ensayo, que retomaré en el apartado final, Zaluar también explica que “a qualificação de ‘monstros’, ‘bestas’, ‘câncer social’ é aplicada aos criminosos pobres e até aos menores abandonados. O efeito do discurso de tais qualificativos é evidente: desumanizar os assim qualificados retirando-lhes o direito a qualquer tratamento humano, e considerá-los como um mal a ser extirpado” (*Ibid.*, 63).

⁹ Stoler, A., “Perceptions of protest: defining the dangerous in colonial Sumatra”. *American Ethnologist*, XII-4 (1985), 642-658.

Brasil y el grupo muy concreto de población al que mayoritariamente afecta me atrajeron a ocuparme de su análisis, creyendo encontrarme ante un ejemplo paradigmático de construcción de la prescindibilidad de un grupo y estigmatización de aquél a quien se va a agredir. En concreto, me dispuse a revisar la prensa diaria tomando como muestra tres periódicos brasileños: dos de alcance estatal (el *Folha de São Paulo* y el *Jornal do Brasil*) y uno regional (el *Correio da Bahia*). Examiné todos los números de los últimos cuatro meses, aunque también algunos de hasta cinco años atrás. Obviamente, no cabe aquí una discusión sobre la naturaleza y efectos de los medios de comunicación sobre la sociedad. Asumo que éstos se hacen eco de las representaciones sociales vigentes y que a su vez pueden llegar a reforzarlas, tratándose de una interrelación compleja, no unívoca, y de influencia mutua¹⁰. El resultado de esta exploración, y algunas reflexiones sobre la misma, es lo que presento a continuación.

1. LA IMAGEN PÚBLICA DEL FAVELADO

De entrada, pero muy significativamente, destaca que la gran mayoría de noticias que tienen como protagonista a la gente de las *favelas* (o que remiten a ella) aparecen en los apartados dedicados a sucesos, crímenes... (en el *Correio da Bahia* en “*Segurança*”). Y que estos bloques ocupan un número de páginas considerable.

Ya refiriéndome a la forma y contenido de dichas noticias, una primera comprobación ha sido la importancia dada a la referencia espacial; *traficantes rivais das favelas...*, *tráfico no complexo de favelas...*, *tragédia no subúrbio...* Titulares como: “Menina de três anos é estrangulada pelo próprio pai. Sob efeito de drogas, Evandro dos Santos foi preso ontem, no bairro da Liberdade”¹¹. “Mais um crime foi praticado no Bairro da Paz por um dos

grupos de bandidos que atuam do local”¹². La identificación concreta del espacio donde se produce el suceso criminal, escabroso (siempre una *favela*, un suburbio, un barrio marginal...) nunca falta; podríamos decir que es el dato que más se quiere resaltar. Es discutible, por ejemplo, que en el encabezamiento de la noticia se aclare que el asesino de su propia hija vive en una *favela* pero no que sufría una aguda drogadicción. Siempre se deja claro el vínculo con la *favela*. Porque, de hecho, parece que es lo que se espera. Lo normal es que tales cosas sólo ocurran en estas zonas de la ciudad y que las protagonicen sus residentes. Así, por ejemplo, al referir un asesinato se comenta: “A polícia já tem dois suspeitos do crime, que seriam moradores da favela da Vila Rã”¹³. Se tenga certeza de ello o no, de entrada se establece dicha acotación.

Como se puede apreciar, todas las referencias a las *favelas* tienen un carácter marcadamente negativo. Hablar de *favela* es sinónimo de peligro: “O perigo mora nas cercanias das favelas Vila do João, Vila dos Pinheiros e Timbau”, se concluía en un estudio destinado a garantizar la seguridad de los Juegos Pan-Americanos¹⁴. O cuando se le preguntaba al gobernador de Minas Gerais sobre qué medidas tomaría para afrontar el problema de la violencia éste respondía: “ocupar os aglomerados o que em Minas corresponderia às favelas do Rio”¹⁵. También, fenómeno habitual y visible en otros procesos históricos de estigmatización, el peligro se conceptualiza como venido de afuera. No sólo las mismas *favelas* son el exterior de la ciudad (la no ciudad) y sus residentes los otros. Los individuos más peligrosos, los más indeseables (el mal, el peligro, genéricamente) son no autóctonos: de una drogadicta el diario local detalla que “não tinha parentes em Salvador”¹⁶ o en las encuestas los ciudadanos razonan sobre la criminalidad “atribuindo-a à chegada dos novos moradores”¹⁷. Como explica

¹⁰ Gerard Imbert, por ejemplo, llama a los medios “aparatos de representación”, al tiempo que detalla su poder performativo (cierto poder para modelar la realidad) y el hecho, no obstante, que sean punto de convergencia de diferentes discursos provenientes de múltiples actores sociales (Cf. Imbert, G., *Los escenarios de la violencia*. Barcelona, Icaria Ed., 1992).

¹¹ *Correio da Bahia*, 18 de diciembre de 2004.

¹² *Correio da Bahia*, 8 de diciembre de 2004.

¹³ *Correio da Bahia*, 20 de diciembre de 2004.

¹⁴ *Jornal do Brasil*, 25 de enero de 2004.

¹⁵ *Jornal do Brasil*, 15 de febrero de 2004.

¹⁶ *Correio da Bahia*, 12 de diciembre de 2004.

¹⁷ *Jornal do Brasil*, 03 de enero de 2004.

Schneider, los nordestinos (oriundos de la región más pobre de todo Brasil) son los *otros* en las ciudades del sur del país, viviendo la mayoría en las *favelas* (y éstas a su vez devienen “sinónimo de ‘confusão’ e ‘violência’”)¹⁸.

Destriando más particularidades de esta representación negativa de los *favelados*, se les asocia con el tráfico de drogas o, genéricamente, con actividades ilegales. Se sobreentiende que en todos estos barrios dominan el tráfico y las organizaciones criminales; y que aunque uno sea trabajador seguramente se dedica a algo delictuoso: “O chapista Marcos Antônio Lima da Silva matou a tiros de pistola a sogra, baleou a própria mulher, uma vizinha e um policial [...] O criminoso é suspeito de envolvimento com roubo de veículos”¹⁹. Otro titular anunciaba: “Manicure envolvida com drogas é executada”²⁰. El habitante-tipo de la *favela* es un criminal. Por eso se advirtió con sumo recelo que “muitos PMs [policías] viviam em invasões, junto ao bandido”²¹.

Entre los vecinos de estos barrios y los delincuentes del mismo habría cierta complicidad, cierto apego en base a un sentimiento comunitario, manifestado por ejemplo en una imperante ley del silencio. Es por eso que muchas veces, se comenta en los diarios, no se consigue identificar al autor de un crimen: “ninguém quis comentar [...] não quiseram falar sobre o criminoso”, en el caso de un homicidio múltiple²²; en el asesinato de un policía “populares disseram ter escutado tiros por volta da meia-noite, mas ninguém admitiu ter qualquer detalhe”²³; igualmente, sobre un carpintero sospechoso de haber hecho desaparecer a su mujer, se comentaba que los familiares tenían miedo de hablar sobre el tema pero se puntualizaba que “no

entanto, não procuraram a polícia para comunicar o desaparecimento”²⁴. El alcalde de Salvador, por ejemplo, se reúne con las asociaciones de barrio para incentivar la lucha contra el crimen (dando a entender, así, que antes no lo hacían) y les comenta: “a ação policial é enfraquecida quando não há o apoio das comunidades para se deter a violência”²⁵. Esta pretendida solidaridad vecinal con los delincuentes se daría en una forma más activa con el ofrecimiento de amparo, como en el caso de un “integrante de um grupo responsável por pelo menos sete mortes [...] preso pela polícia em uma casa onde estava escondido, no bairro de Tancredo Neves”²⁶. O con la colaboración directa traducida en pagos de dinero a cambio de protección: dos *bandidos* “ofereciam ‘proteção’ a comerciantes do bairro, de quem recebiam dinheiro para matar bandidos que atacavam as lojas”²⁷.

Ya de por sí relacionar a alguien con el mundo del crimen, de lo delictivo, justifica su eliminación (mediante la equiparación con lo *no* humano, con el *mal absoluto*, como se verá). Al mencionarse un asesinato del cual no se sabe aún la causa, se tranquiliza al lector con unas declaraciones del hermano de la víctima, que afirmó “não saber o motivo do homicídio, mas acrescentou que o irmão tinha envolvimento com furtos e já havia sido preso”²⁸. Con el apunte biográfico final se deja claro que es la muerte de un delincuente, de un prescindible, una muerte sin importancia. El caso es muy común. Un bandido es tiroteado en pleno asalto por un vigilante privado; en la noticia se remarca que el muerto “era acusado de assaltos, homicídios e latrocínios”²⁹, sin especificar mucho más. O en la muerte de dos jóvenes, en circunstancias nada claras, lo primero que se especifica es que fue “uma

¹⁸ Schneider, J., “Discursos simbólicos...”, op. cit., 118.

¹⁹ *Correio da Bahia*, 21 de enero de 2000.

²⁰ *Correio da Bahia*, 12 de diciembre de 2004.

²¹ *Correio da Bahia*, 18 de diciembre de 1998.

²² *Correio da Bahia*, 21 de enero de 2000.

²³ *Correio da Bahia*, 13 de diciembre de 2004.

²⁴ *Correio da Bahia*, 14 de diciembre de 2004.

²⁵ *Correio da Bahia*, 30 de julio de 1999.

²⁶ *Correio da Bahia*, 14 de diciembre de 2004.

²⁷ *Correio da Bahia*, 24 de agosto de 1999.

²⁸ *Correio da Bahia*, 10 de diciembre de 2004.

²⁹ *Correio da Bahia*, 11 de diciembre de 2004.

suposta troca de tiros entre gangues”, que “rixa por pontos de drogas tenha motivado o tiroteio”³⁰. La asociación con actividades ilegales parece utilizarse para tranquilizar las conciencias, para hacer coincidir los hechos con el orden social (construido). Los criminales son animales y su exterminio está legitimado. Así lo expresaba con suma claridad un artículo que narraba la fuga de dos *bandidos*: “Novamente voltaram para o mato, tendo passado a ser caçados por 35 policiais (...) A caçada continua”³¹.

Además de esta vinculación explícita o por defecto de los habitantes de las *favelas* con el crimen, con lo ilegal, se les suele atribuir también un comportamiento extraño, podríamos decir no normativo. Por ejemplo, un tipo de *funk* prohibido, cuyos temas hablan de violencia, drogas... “difícilmente é ouvido fora das favelas”³². De hecho, la violencia tendría que ver con estas conductas irregulares, con actividades no formalizadas: cualquier trabajo informal, por ejemplo. Así se entiende que el alcalde de Salvador, como medida para prevenir la violencia, proponga “organizar os guardadores de carros, também chamados de ‘flanelinhas’ [...] promover o controle da atividade informal”³³. Un titular comentaba: “Biscateiro [alguien que se dedica a trabajos informales, de poca monta] morto a pauladas depois de esfaquear a mulher”³⁴; y otra noticia explicaba que un “vendedor de salgados [...] e seu filho, o vendedor ambulante...”, padre e hijo para más inri, habían sido detenidos por tenencia ilegal de armas³⁵. Un “acusado de tentativa de homicídio” por haber practicado con un crío el juego de la ruleta rusa es presentado como “o ambulante Edmilson Braga”, y aunque se explica que “se sustentava vendendo água mineral e cachorro-quente

[perritos calientes]” se acaba el artículo diciendo que “a polícia suspeita que ele possa estar envolvido em assaltos”³⁶. Igualmente, en una noticia sobre un trabajador herido por un vigilante clandestino “ao ser confundido com um assaltante”, se acaba volcando cierta sospecha sobre él al citar que lo contó un amigo “que preferiu não se identificar”³⁷.

Pero lo que sobre todo he encontrado en la prensa es una deshumanización explícita, la representación de los pobres *favelados* como bárbaros. Se explica que tal o cual vecino mató a su mujer y a sus hijos de la forma más salvaje; que hizo cosas más propias de un animal que de una persona. Respecto al asesinato de dos niños (“dois crimes bárbaros”) el propio padre era el principal sospechoso, un hombre “indiciado anteriormente pelo estupro [violación] de uma adolescente, acusado também de aliciar outras três filhas de sua mulher”³⁸. Otro día se lee: “Menina de três anos é estrangulada pelo próprio pai”³⁹. Se describe como una mujer “deu à luz um bebê e o abandonou em um matagal, anteontem pela manhã, no povoado Rocinha”⁴⁰. O como un joven, al escuchar rumores de que otro chico estaba viéndose con su novia, cogió a éste ayudado por dos amigos y “levando-o até um terreno baldio, o assassinaram a tiros, pauladas e pedradas”⁴¹.

Un clima de sospecha es lo que siempre envuelve a los *favelados*. Por todos estos estereotipos, por las asociaciones infundadas, por una estigmatización que habría arraigado en la sociedad brasileña. Y es lo que las propias autoridades pretenden infundir entre los vecinos: “A população pode ajudar denunciando qualquer tipo de irregularidade”, comentaba un comandante de la policía, después

³⁰ *Correio da Bahia*, 12 de diciembre de 2004.

³¹ *Correio da Bahia*, 11 de diciembre de 2004.

³² *Jornal do Brasil*, 12 de febrero de 2004.

³³ *Correio da Bahia*, 30 de julio de 1999.

³⁴ *Correio da Bahia*, 24 de agosto de 1999.

³⁵ *Correio da Bahia*, 23 de noviembre de 2004.

³⁶ *Correio da Bahia*, 20 de diciembre de 2004.

³⁷ *Jornal do Brasil*, 26 de diciembre de 2004. En cambio, nada se comenta de la existencia misma de seguridad clandestina, privada. Signo evidente de la crisis del Estado, por otra parte, esto sí debería ser motivo de espanto.

³⁸ *Correio da Bahia*, 15 de diciembre de 2004.

³⁹ *Correio da Bahia*, 18 de diciembre de 2004.

⁴⁰ *Jornal do Brasil*, 30 de diciembre de 2004.

⁴¹ *Correio da Bahia*, 14 de diciembre de 2004.

de declarar que la población de las *comunidades carentes* “debe ser aliada da Polícia Militar”⁴². No obstante, el objetivo último de la deshumanización de los *favelados* parece ser el de justificar el trato represivo y extremadamente violento que reciben: Zaluar explica que “O posto policial local não se preocupa em esconder que usa a tortura e a violência física”⁴³ y Caldeira y Holston afirmaban que en 1992 un 28% de los asesinatos en São Paulo los cometió la policía, porcentaje brutal y que, es cierto, hace pensar en una guerra civil encubierta. Por si fuera poco, esta violencia cuenta con un gran apoyo popular⁴⁴. En último término se querría legitimar la eliminación de toda la población carente; un articulista comentaba en el *Jornal do Brasil* que las autoridades tienen cómo actuar en la raíz del problema de la violencia, “não é somente ocupando favelas com ação pública efetiva e permanente. Na verdade, é preciso [...] voltar a discutir o tema da erradicação de favelas”⁴⁵.

2. INTERPRETANDO LA ESTIGMATIZACIÓN

En este breve rastreo se ha visto -en el discurso público sobre el *favelado*- un claro fenómeno de estigmatización. Éste funciona, por un lado, elaborando identidades totalizantes de quiénes son y cómo viven los residentes de las *favelas*: en esencia, todos ellos son criminales y delincuentes. Esto, por

otra parte, los condena a un estado de infrahumanidad, les niega el estatus de ciudadanía, justificando el uso indiscriminado de la fuerza por parte de las autoridades contra ellos e incluso su eliminación física. No me detendré en desmontar toda esta imaginación y negar la barbarie de la gente de las *favelas*. Tan sólo apuntar aquí sus sólidos esquemas morales, presentes por ejemplo en la diferenciación fundamental que trazan entre trabajador/criminal (y entre criminal bueno/malo). La mayoría se sienten muy alejados del *bandido*, fundamentalmente en base a que éste no se gana la vida trabajando y usa la fuerza para coaccionar a los demás (Zaluar lo explica muy bien en su libro⁴⁶).

Por otro lado estaría la compleja organización (autoorganización) que los vecinos de estos barrios llevan a cabo, plasmada en las asociaciones, los *blo-cos* de samba o los equipos de fútbol. Y, por otra parte, si nos referimos a los delincuentes y a su salvajismo, bastaría recordar que su exacerbado individualismo, su cultura del exceso, “não se trata de uma cultura alternativa ou desviante, oposta à cultura dominante, mas uma maneira de agir baseada em valores e normas compartilhadas com os setores econômica ou politicamente dominantes”⁴⁷. Entonces quizá cabría extender el calificativo de bárbaro al resto de la sociedad.

Como se ha visto, criminalización y deshumanización funcionan conjuntamente en el caso que

⁴² *Jornal do Brasil*, 3 de diciembre de 2004. Con esto va aparejada la privatización de la seguridad y el abandono de la población por parte del Estado (tema que nuevamente cabría subrayar). Autoridades como el alcalde de Salvador promueven así iniciativas como la Polícia Comunitária (*Correio da Bahia*, 30 de julio de 1999), se comenta que “a violência não se resolve somente com a ação da polícia” o que “cada um de nós devemos dar nossa contribuição” (*Correio da Bahia*, 16 de diciembre de 1999). Los diarios no se extrañan de la existencia de vigilantes clandestinos y cuando se comentan casos de linchamientos (“Moradores de Vista Alegre, no Alto de Coutos, quase mataram a socos, pontapés e pedradas dois dos quatro assaltantes...”, *Correio da Bahia*, 26 de noviembre de 1999) no se resalta la desprotección que sufren los vecinos por parte de las autoridades sino más bien la brutalidad, la barbarie de éstos.

⁴³ Zaluar, A., *Condomínio...*, op. cit., 16.

⁴⁴ Caldeira, T.; Holston, J., “Democracy and Violence...”, op. cit., 700-705. En la prensa se observan repetidamente muestras del comportamiento brutal de la policía: un sospechoso de asesinato “trocou tiros com a polícia e acabou recebendo mais de sete disparos” (*Correio da Bahia*, 21 de enero de 2000), una mujer “Nelis Nelson dos Santos, 31 años, torturada por policiais militares” que la amordazaron, golpearon y violaron (*Jornal do Brasil*, 20 de febrero de 2004)...Los propios vecinos denuncian este comportamiento, como en el caso de una reyerta con traficantes en que “(os policiais) chegaram colocando terror” (*Correio da Bahia*, 23 de enero de 2004). De hecho la gente ya se espera siempre lo peor: “Se a polícia tiver de matar alguém, que seja eu”, comentaba la madre de un acusado. Y las autoridades responsables son también muy conscientes del problema; así, por ejemplo, un cargo político se vanagloriaba de que “hoje a polícia de Minas é tão respeitada que a maioria das pessoas que ligam para o Disque-Denúncia se identifica” (*Jornal do Brasil*, 15 de febrero de 2004), admitiendo con ello la mala reputación del cuerpo.

⁴⁵ *Jornal do Brasil*, 11 de febrero de 2004.

⁴⁶ Zaluar, A., *Condomínio...*, op. cit.

⁴⁷ *Ibid.*, 134-135.

nos ocupa, y tienen mucho que ver en el alto grado de violencia sufrida por gran parte de la población brasileña. A continuación pretendo reflexionar sobre ello en base a algunos autores que han analizado fenómenos similares, en otros contextos, y adentrarme en cuestiones como el por qué de esta represión por parte del Estado (no sólo cómo funciona y se legitima) y del alto grado de violencia en el Brasil actual.

Encontramos un ejemplo parecido a lo que aquí se ha intentado hacer en la obra de Stoler⁴⁸. Éste también analiza la retórica que envuelve la violencia pero en el contexto de la Sumatra colonial. En el caso que trata se ve claramente la influencia decisiva de la prensa a la hora de construir el conflicto, y cómo la retórica específica que se emplea influye en su desarrollo: determina al grupo objetivo de la represión y justifica el trato violento. No sólo podemos observar con él que el tema de la violencia encierra otros quizás más importantes, como el del mantenimiento de cierto orden socio-político y el de la definición de la violencia como una cuestión de poder. Los acusados de haber hecho estallar el conflicto son también aquí ser descritos como foráneos y, sobre todo, el discurso centrado en la violencia sirve en realidad para descentrar la atención de otros asuntos, de cuestiones de fondo problemáticas para quien gobierna.

La deshumanización (barbarización si se quiere) del colectivo que es víctima de la violencia ha sido analizada por diversos autores. Richardson y May han analizado la construcción social de la violencia y, en concreto, el caso de los homosexuales agredidos en lugares públicos⁴⁹. Éstos, las víctimas, acaban siendo culpabilizados al aparecer como anormales y, por tanto, sensiblemente menos humanos. La ordenación sexual del espacio público y de la gran mayoría de instituciones juega aquí un papel fundamental: el estigma de los homosexuales pasa por no cumplir con un factor clave de la ortodoxia social. Peteet, en su brillante análisis de la

Intifada palestina⁵⁰, además de resaltar los múltiples y contradictorios usos, interpretaciones, de un mismo fenómeno de violencia (los israelíes para imponer su dominación, los palestinos casi como rito de paso), se detiene en la tarea de deshumanización del pueblo palestino llevada a cabo por las autoridades israelíes de cara a justificar el empleo de la violencia y la represión.

Otro interesante autor, Goldstein, realiza un sugerente análisis de los linchamientos populares en Bolivia (en Cochabamba, concretamente)⁵¹. No sólo podemos apreciar, una vez más, como un acto de violencia (el linchamiento) es interpretado de manera dispar por varios actores sociales. Vemos también la utilización partidista que cada uno hace del hecho, en pro de sus propios intereses, siendo el escenario mucho más complejo de lo que parecería a primera vista. El grado de poder que cada uno tiene, por su parte, es decisivo a la hora de imponer los respectivos puntos de vista. Pero lo que me gustaría subrayar de este caso es la elaboración, de nuevo, de una imagen denigrante del grupo social discriminado y represaliado: la declaración de ciertos barrios y sus vecinos como ilegales, por parte del Estado, es uno de los elementos a destacar, así como también la identificación total entre personas y espacio, dentro de todo un fenómeno de segregación. Hay una evidente desindividualización, la atribución en bloque de ciertas cualidades negativas a todos los habitantes de la zona, la deshistorización del colectivo-víctima... Y me interesa destacar, pues en los discursos de la prensa brasileña también lo hemos visto, que en el contexto boliviano se produce un empleo incesante del discurso sobre la inseguridad (exacerbando ciertos peligros o, en general, la falta de seguridad reinante) y la descripción de cualquier mal como venido de afuera.

En otro artículo, Besteman (situándose en el contexto somalí)⁵² enfatiza el carácter construido de la violencia, detallando la evolución histórica del conflicto y relacionándolo directamente con el de-

⁴⁸ Stoler, A., "Perceptions of protest...", op. cit.

⁴⁹ Richardson D.; May, H., "Deserving victims?: sexual status and the social construction of violence". *The Sociological Review*, (1999), 308-331.

⁵⁰ Peteet, J., "Male gender and rituals of resistance in the Palestinian *intifada*: a cultural politics of violence". *American Ethnologist*, XXI-1 (1994), 31-49.

⁵¹ Goldstein, D., "In our own hands': Lynching, justice, and the law in Bolivia". *American Ethnologist*, XXX-1 (2003), 22-43.

⁵² Besteman, C., "Violent politics and the politics of violence: the dissolution of the Somali nation-state". *American Ethnologist*, 23, 3 (1996), 579-596.

sarrollo político y las dinámicas de poder. Las víctimas, los estigmatizados, ocupan el escalafón inferior de la jerarquía social. En este caso la identidad inferior de los *jareer* (las víctimas de la represión), su imagen peyorativa, se construye en base al parentesco (al clan al que pertenecen), a su impureza y a toda una serie de cualidades negativas que, en definitiva, les adscriben a un estado de infrahumanidad, y justifican la agresión del Estado hacia ellos.

Vemos, en todos estos ejemplos, que las situaciones son parecidas y los mecanismos utilizados para justificar la represión repetitivos. Lo que cabe resaltar es que, a nivel general, establecen la prescindibilidad del grupo-objetivo en cuestión y conducen a una ruptura de la responsabilidad por parte de los agentes de ese Estado (hacia dicho grupo). Casi podríamos establecer una ecuación entre grado de estigmatización y nivel de violencia recibida⁵³. Importante es también la falta de comunicación en contextos donde un grupo social es fuertemente excluido y agredido; así lo indica Martínez Veiga, por ejemplo⁵⁴. En el caso de Brasil, como ya he señalado, Caldeira y Holston hablan de la cultura del miedo y la sospecha imperante y de la reclusión y falta total de contacto entre clases sociales. En un grado tal que la violencia desatada contra los grupos marginados es altísima. En esto, por descontado, juega un papel primordial la representación negativa, la estigmatización que vengo comentando (insertada, la mayoría de las veces, en esa *talk of crime* de la que también hablaban Caldeira y Holston)⁵⁵.

Sobre la fuerte presencia del discurso en torno a la inseguridad, baste recordar la importancia de los apartados de prensa dedicados a sucesos. Lo interesante es el uso que le dan las autoridades y el efecto que provoca; como comentaban desde la ONG Justiça Global al respecto de un crimen policial, “a sociedade civil acolheu o discurso de insegurança

da polícia, de que os mortos nas favelas são sempre traficantes. Os quatro jovens eram inocentes”⁵⁶. La obsesión por la seguridad fomentaría de hecho la incomunicación y, por tanto, la reproducción misma de la violencia. Pero la pregunta última a hacerse, quizá, es: ¿por qué tanta violencia en Brasil?

Asumiendo de nuevo el enfoque de Martínez-Veiga, Besteman, Stoler, Goldstein o Humphrey (en su brillante etnografía sobre la Rusia post-soviética y la crisis del Estado)⁵⁷, cabe afirmar que la actuación misma del Estado brasileño y las dinámicas institucionales en su conjunto tienen mucho que ver con el carácter violento que marca las relaciones sociales. Nagengast va un poco más allá y habla de la tarea de homogeneización, de integración, que lleva a cabo cualquier Estado-nación, tarea que llegaría a implicar la actuación violenta contra su propia población (contra algún grupo específico)⁵⁸. Ésta se legitimaría mediante diferentes discursos, como la amenaza contra el orden establecido. En realidad, creación de un consenso social e invención de ciertos males estarían estrechamente relacionadas; sólo merced a la fabricación de lo desviado (caracterizado como ambiguo, inferior...) se establecería lo que se pretende normal. De esta manera, las identidades son usadas políticamente al servicio del control estatal. Por ejemplo, el discurso del trabajo, de la disciplina laboral... define al hombre honesto y, en contraposición, al desviado, al sospechoso, como aquél sin un trabajo formal (muchos favelados, en nuestro caso). Ambos se definen mutuamente.

Autores como Mann, Duffield o Moore también nos hablan de que la violencia no es en nada incompatible con la democratización, al contrario, la creación del Estado-nación con su proyecto de homogeneización social comporta siempre la creación de poblaciones periféricas; o dicho de otro modo, la implantación de un consenso social conlleva al mismo tiempo la invención de lo desvia-

⁵³ También Zaluar hace referencia directa a ello cuando comenta que “uma das técnicas repressivas é a estigmatização de quem se quer reprimir. O espelho que se constrói agora no Brasil é este: pobre, criminoso, perigoso” (*Condomínio...*, op. cit., 33).

⁵⁴ Martínez Veiga, U., *El Ejido. Discriminación, exclusión social y racismo*. Madrid, Ed. Catarata, 2001.

⁵⁵ Caldeira, T.; Holston, J., “Democracy and Violence...”, op. cit.

⁵⁶ *Folha de São Paulo*, 29 de octubre de 2004.

⁵⁷ Martínez Veiga, U., *El Ejido...* op. cit.; Besteman, C., “Violent politics...”, op. cit.; Stoler, A., “Perceptions of protest...”, op. cit.; Humphrey, C., “Icebergs, Barter and the Mafia in Provincial Russia”. *Anthropology Today*, VII-2 (1991), 8-13; Goldstein, D., “In our own hands...”, op. cit.

⁵⁸ Nagengast, C., “Violence, Terror and the Crisis of the State”. *Annual Review of Anthropology*, 23 (1994), 109-136.

do⁵⁹. Así, lo que percibimos en Brasil no es tan extraño. Quizá está llevado al extremo, siendo los pobres habitantes de las *favelas* ese otro pero en grado superlativo. El objetivo en última instancia sería, como indicaba Moore, reforzar el medio social (aunque en Brasil éste lo constituya un tanto por ciento no demasiado elevado de la población) culpando de todos los males al de afuera. Observaríamos que la gente de las *favelas* cumple el papel de chivo expiatorio y su identidad denigrada es construida por un Estado que busca así reforzar el orden establecido. Quizá el alto nivel de estigmatización, la importancia de la amenaza que necesita construir, denotan su precario control de la estructura social.

Por descontado, es evidente que son las autoridades brasileñas las que definen qué y quién es violento (omitiendo en la acusación a los policías, por ejemplo), y que la propia retórica utilizada juega un papel y sirve en gran parte para desviar la atención de temas de gran relevancia pero incómodos para la élite dirigente. Pero, además de este manejo interesado de la violencia, hay otro hecho que parece claro en Brasil: la no institucionalización del conflicto⁶⁰ y el no reconocimiento de la legitimidad y los derechos de algunos sectores de la sociedad. En concreto, se excluye de la ciudadanía a una parte importante de la población, al grupo más empobrecido, y (como se ha visto) se le construye como amenaza. Murilo de Carvalho ha ilustrado con detalle la persistencia histórica de este fenómeno, así como su desarrollo, mientras que

Alba Zaluar llega también a la conclusión de que el sistema social brasileño está marcado por una *incivilidade* y una incapacidad de negociar notorias⁶¹.

Junto con todo lo anterior se da también una evidente privatización de la violencia, que se podría interpretar como síntoma de la crisis del Estado brasileño (con otras secuelas como cierto nihilismo legal, entre otras). A esta tesis se adscriben Humphrey, Duffield (en su ensayo sobre la crisis de los estados-nación del Tercer Mundo y el proceso de refeudalización) o Goldstein, y las similitudes que se pueden encontrar con los casos que ellos describen son enormes⁶². Ante el resquebrajamiento del pacto social sucumbiría este caos, esta atomización y uso de la violencia de manera autónoma por ciertos agentes sociales (entre ellos, y sobre todo, las organizaciones de traficantes). La propia Zaluar opina que “pode-se falar de ausência do Estado moderno e de um processo de refeudalização”⁶³. Por ejemplo, es notorio el abandono y desprotección de los *favelados* por parte del Estado (las quejas de los vecinos en este sentido son recurrentes)⁶⁴. Dicho estado de anomia, con sus correlatos de confusión, falta de valores sociales, podría explicar en parte el grado de violencia imperante en Brasil.

Siempre prestando atención a la historia distintiva del Brasil, a su desarrollo político particular, se podría ir más lejos y afirmar que nos encontramos ante una cultura netamente autoritaria. DaMatta, en su estudio clásico, aportaba ya pistas en esta dirección⁶⁵. Pese a negar en parte la existencia de conflicto, DaMatta resaltaba las agudas jerar-

⁵⁹ Mann, M., “The Dark Side of Democracy: The Modern Tradition of Ethnic and Political Cleansing”. *New Left Review*, 235 (1999); Duffield, M., “Post-modern Conflict: Warlords, Post-Adjustment States and Private Protection”. *Civil Wars*, 1-1 (1998); Moore, B., “El relativismo moral”; “La inevitabilidad y el sentimiento de injusticia”, en *La Injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*. México, UNAM, 1996, 411-475.

⁶⁰ Baste como ejemplo las continuas muertes que se producen en el medio rural, fruto de la respuesta violenta de propietarios e instituciones a la organización por parte de los trabajadores del campo.

⁶¹ Murilo de Carvalho, J., *Cidadania no Brasil. O longo caminho*. Rio de Janeiro, Ed. Civilização Brasileira, 2003; Zaluar, A., *Condomínio...*, op. cit., 261.

⁶² Humphrey, C. “Icebergs, Barter...”, op. cit.; Duffield, M., “Post-modern Conflict...”, op. cit., 65-102; Goldstein, D., “In our own hands...”, op. cit.

⁶³ Zaluar, A., *Condomínio...*, op. cit., 114.

⁶⁴ En la prensa he encontrado, por ejemplo, “a raiva dos moradores e comerciantes, que não agüentam mais ver seus estabelecimentos serem assaltados diariamente” (*Correio da Bahia*, 26 de noviembre de 1999), “muitos moradores reclamavam da ação da polícia” (*Jornal do Brasil*, 23 de enero de 2004) o acusaciones de un vecino sobre la protección oficial que se les brinda (“Aquí até tem uma dupla de policiais militares que dizem fazer a ronda, mas eles só ficam na quadra e nunca vêm aqui”. *Correio da Bahia*, 9 de diciembre de 2004) y que recuerdan mucho a las que describía Goldstein en su artículo (Cf. “In our own hands...”, op. cit.).

⁶⁵ DaMatta, R., *Carnavais, malandros e heróis. Para uma sociologia do dilema brasileiro*. Rio de Janeiro, Ed. Rocco, 1997.

quías que marcaban (y marcan) la vida social brasileña: la importancia dada a la *pessoa*, a las relaciones personales (con las instituciones del *compadrio*, el *patronagem*...) y, en contraposición, la denigración de quien no tiene; la ostentación del status superior merced a la expresión *sabe com quem está falando*... En definitiva, el carácter tremendamente jerárquico de su estructura social, el absoluto dominio de las clases dominantes y la vejación de los dominados.

En otro sentido, Alba Zaluar habla también de esta cultura marcadamente autoritaria, cuando se refiere a “uma cultura política autoritária e repressiva que está se desenvolvendo na sociedade a partir dessa situação de insegurança e vitimização”⁶⁶. Hechos que afirmen esta tesis no faltan; baste como ejemplo que, hace no tanto tiempo, el Presidente del Congreso “voltou a defender o uso das Forças Armadas no combate à violência urbana”⁶⁷. También se podría llegar a pensar que Brasil, siguiendo a Duffield⁶⁸, es uno de esos Estados que se mantienen merced al uso regular de la violencia,

careciendo de todo consenso liberal y manteniendo una especie de entropía estructural.

En este rápido vistazo a la prensa, también he encontrado otras formas de violencia cuyo agente no son las autoridades y que cabría destacar. Por ejemplo, cierto uso comunicativo de la misma (Goldstein lo exponía pero analizando el caso de linchamiento en Cochabamba⁶⁹) en el fenómeno de los saqueos, con que los *favelados* se hacen presentes ante el resto de la sociedad, muestran su situación de abandono y le expresan al gobierno su descontento. Zaluar los interpreta como “a revolta de uma população que não possui outros canais de comunicação com o governo”⁷⁰. Ya para finalizar, si algo destaca por encima de todo al explorar la imagen pública de los residentes en las *favelas* es su delineación como grupo perjudicial y anómalo. Merecería la pena (aunque en un ensayo mucho más extenso) pararse a reflexionar sobre ello a la luz de lo que expone Terradas: “Cierta condición marginal puede entenderse como la clave de todo un sistema de valores”⁷¹.

⁶⁶ Zaluar, A., *Condomínio...*, op. cit., 128.

⁶⁷ *Correio da Bahia*, 14 de junio de 2000.

⁶⁸ Duffield, M., “Post-modern Conflict...”, op. cit.

⁶⁹ Goldstein, D., “In our own hands...”, op. cit.

⁷⁰ Zaluar, A., *Condomínio...*, op. cit., 120.

⁷¹ Terradas, I., *Eliza Kendall. Reflexiones sobre una antibiografía*. Bellatera, Ed. Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 1992, 43.